

LATÍN VULGAR VERSUS LATÍN LITERARIO

Ángela Sánchez-Lafuente Andrés
Universidad de Murcia*

Abstract: There is not a single class of Vulgar Latin. Instead of it, in each of the studied authors - Plautus, Cicero and Petronius - the literary genre and the co-existence with the so-called Classical Latin of each age must be taken into account. For this reason, I reckon that in the texts of each author there are special features and linguistic phenomena that Plautus in his comedies, Cicero in his letters and Petronius (if it is true that he is the actual author) in his novel have shown.

Resumen: No existe una sola clase de latín vulgar, sino que en cada uno de los autores estudiados, Plauto, Cicerón y Petronio hay que tener en cuenta el género literario en el que escriben y la convivencia con el latín llamado “clásico” de cada una de sus épocas, por lo que creo que en cada uno de ellos existen unas especiales características y unos especiales fenómenos lingüísticos que han puesto de manifiesto Plauto en sus comedias, Cicerón en sus cartas y Petronio (si es que es él el autor) en su novela.

Mucho se ha discutido por parte de los estudiosos de la lengua latina si existe el término Latín Vulgar o no .y de si hay una distinción entre Latín Vulgar y Latín Coloquial. La cuestión para debatir es si deberán considerarse las obras de un autor como Plauto escritas en una o en otra clase de latín. En primer lugar podría aventurarse la hipótesis de que la diferencia estribaría en que latín coloquial sería la lengua hablada por el pueblo sin afán de corrección y latín vulgar sería la lengua hablada con algunos signos característicos pertenecientes a un determinado “status”social.

En mi opinión la separación entre una y otra lengua es formalista e innecesaria y estoy en contra de la postura de algunos autores, por ejemplo ¹V. Väänänen, quien no incluye en su tratado de latín vulgar la obra de Plauto. A mi juicio tanto es latín vulgar las inscripciones

* Dirección para correspondencia: angelal@um.es

1 Introducción al Latín Vulgar, trad. española de M. Carrión. Gredos, 1975.

parietarias de Pompeya como las atelanas de Plauto, las cartas de Cicerón a sus familiares o a su amigo Ático o el *Satyricon*. En todas ellas hay un punto que las une: el de no ser el latín de los poetas con afán de clasicismo ni el de la lengua de la Cancillería.

En toda la producción literaria citada destaca el transmitir la palabra hablada con los rasgos lingüísticos pertenecientes a su época puesto que, naturalmente, existe latín vulgar en todas las etapas de la lengua latina y, por lo tanto, es lógico que el latín vulgar hablado se presente con los rasgos característicos de cada una de estas etapas.

Veamos ahora en un breve repaso panorámico los rasgos de los elementos que aparecen en las citadas obras: En cuanto a Plauto decir que la lengua de sus comedias es ágil, vivaz, sonora, sería quedarse corto. La creación de palabras, la inventiva es su punto clave, En él se da una simbiosis con el pueblo. Hay una especie de vasos comunicantes en donde la reciproca transmisión es constante. Plauto imita al pueblo y el pueblo imita a Plauto.

¿Es pues la lengua de sus comedias una lengua artificial? ¿No existía antes de él? La respuesta quizás podría ser que si existía pero que Plauto le añade nuevos elementos, tales como nuevas palabras y, sobre todo, giros que se hacen populares y que el pueblo repite acuñándolos y haciéndolos pasar al acervo común

El caso del *Satyricon* —sea o no Petronio su autor— es distinto. La lengua da un nuevo giro para convertirse en genial.

Lo que más llama la atención de esta obra es que si verdaderamente pertenece al siglo I y es el “arbitrarius elegantiorum” su autor existiría una gran distancia con el latín literario clásico de esa misma época. Se trata de un latín que se acerca a su transformación en lenguas romances o, mejor dicho, desde muchos ángulos está ya transformado.

Al estudiar el *Satyricon* comprobamos cómo estamos muy cerca de nuestra propia lengua: ya no se trata de invención de términos y de vivacidad como sucedía en Plauto, sino que es algo más: es parecernos que estamos ante las mismas puertas de nuestra lengua. Mientras que la lengua clásica literaria continúa ateniéndose a unos moldes, cumple su misión de “concinitas” y aglutina a autores con deseo de perfección pero también como resultado produce inmovilidad, la lengua del *Satyricon* rompe moldes, se escapa de la norma, se separa, por así decirlo, de la “latinidad”. De forma logradísima se escabulle de lo establecido.

La correspondencia de Cicerón a sus familiares y amigos, en especial la destinada a su amigo Ático, rompe también moldes aunque de otra manera. Las cartas están escritas en “sermo urbanus”, es lengua culta pero coloquial. Es la narración de acontecimientos familiares, domésticos, sociales y políticos de un amigo a otro con quien comparte una gran complicidad, basada en acontecimientos comunes vividos en el pasado y también en el presente. Dentro de esta complicidad se utiliza la lengua griega, usada en sus años adolescentes cuando ambos fueron a completar su educación a Atenas.

Se han comparado los rasgos de esta correspondencia con una conversación telefónica. Una nueva comparación podría surgir hoy en día con el correo electrónico, Son conversaciones llenas de concisión, de elipsis, de interjecciones, de latiguillos y muletillas, de interrogaciones retóricas, de medias palabras y medias frases destinadas a ser completadas por el receptor.

La característica más acusada en las cartas es la mezcla de estilos: directo, indirecto e indirecto libre pero también hay en ellas creación de nuevas palabras como sucedía en Plauto y va a suceder en el *Satyricon* pero conformando un latín vulgar distinto.

Entre las tres “calas” que he realizado dentro del latín llamado vulgar, habrá que decir, creo que sin temor a equivocarse, que el que más se diferencia del latín literario de su misma época, es el *Satyricon*, no ya por el mayor atrevimiento que en Plauto o Cicerón a la hora de crear vocablos, sino por el giro de 180° en la estructura de la frase, del “más difícil todavía” de las desviaciones sintácticas con respecto a la norma, de las que las perífrasis incoativas, ingresivas, son claro exponente.

Llegado es ya el momento, después de este preámbulo, de acudir a los textos. En primer lugar acudiremos a Plauto para seguir un orden cronológico en dos vertientes: vocabulario y estructura sintáctica. Se continuará con las cartas de Cicerón, para finalizar con el *Satyricon*.

Como puede deducirse por el tipo de trabajo estas muestras de los distintos autores serán sucintas obligatoriamente quedando para otro momento una mayor profundización en cada uno de ellos.

El nivel de la lengua de Plauto está determinado por la situación en que se desenvuelve. En él la gesticulación acompañada de interjecciones ayuda al entendimiento del diálogo. Por lo tanto no cabe esperar que las frases se organicen en estructuras lógicas, sino que, más bien, se distinguen por los anacolutos, las elipsis y los elementos deícticos.

En especial las interjecciones sirven para todo: pueden acompañar a una exclamación de signo positivo o negativo, es decir, a los estados de pena o alegría y también pueden acompañar a una pregunta. Refuerzan a los llamados acusativos exclamativos.

“Eho an dormit Sceledrus intus?” (Miles, 822): Vaya, ¿Acaso duerme Sceledrus dentro?

“¡Ut stimulabat Sauream med esse quam facete!” (Asin.581) .¡Cómo excitaba a Saurea que yo fuera tan guapo!

Hay también una repetidísima insistencia de los pronombres personales, sobre todo del de segunda persona que cumple la función conativa del lenguaje

“Tu ,si te di amant, agere tuam rem occasiost” (Poen.6599) Tu, si los dioses te aman tienes la ocasión de llevar a cabo tu asunto. Como se puede observar la frase implica una clara dislocación sintáctica, aún sin llegar a los niveles de la siguiente: “eamus, tu, in ius” (Truc.,840) Vayamos, tú, hacia el derecho.

Como es de esperar la lengua coloquial hace un uso mucho más libre de los pronombres personales que el latín literario. Igualmente el uso de los demostrativos en el uso fórico es abundante: “quid illum ferre vis, qui tibi quoi divitiae doni maxumae sunt, is nummum nullum habes?” (Ep., 329-309) ¿Por qué quieres que aquél se lleve lo que son para tí las mayores riquezas de tu casa, tú que no tienes ningún dinero?

Otro rasgo de este latín coloquial es la doble comparación: “magis maiores nugas” (Men., 55) : más mayores tonterías. Las negaciones pueden aparecer reforzadas por otra negación: “nec te aleator nullus est sapientior” (Rud., 359): Y no hay ningún jugador de dados más sabio que tú.

El uso pleonástico de los pronombres se da con gran profusión en expresiones negativas, sobre todo “aliquis” y “quippiam” También se dan con abundancia los superlativos, del tipo “primumdum omnium”: antes de todo.

Pero por encima de anacolutos y pleonasmos la máxima expresividad se consigue con el vocabulario. En cuanto a los verbos el empleo de “narro” y “fabulo” desplaza a “dico”. Las primeras personas del singular empleadas como fórmula de invitación a hacer algo. Es el caso de “cedo” y “amabo”:

La sustitución de verbos simples por compuestos es un rasgo que coadyuva a la mayor expresividad del lenguaje., muchos de ellos contruidos con el prefijo “de”, como “delacero”, “deamo”, “deludifico”, “derogito”- .

Pero el grupo de compuestos más expresivos son los formados con el prefijo “con”: “condeceo”, “confodio”, “confulgeo”, “comedo”, “consulesco”, “commereo”, “commisceo”, “comperero”, “concaleo”, “condolesco”.

Aunque los verbos compuestos con “ad” son menos frecuentes son también expresivos: “adcredo”, “adlaudo”, “adformido”, “admoderor”.

De igual modo abundan los verbos expresivos por sufijación: “fodico”, “frico”, “vellico”, todos ellos sustituyendo a los simples que se seguían empleando en el latín literario de esa misma época.

La formación de diminutivos es, con mucho, la formación de palabras con una carga expresiva más fuerte, sirven tanto para expresar la pequeñez, como para indicar desprecio o complicidad hacia la persona con quien se está hablando. Claramente puede detectarse esto último en muchas de las frases del teatro plautino, de la que la siguiente puede ser muestra; “quis haec est muliercula et ille gravastellus qui venit” (Epid., 620)

Pero como cabe esperar es en la lengua amorosa donde los diminutivos alcanzan su máxima plenitud; Como muestra los nombres de animales que se dedican a la amada en *Asinaria* 666 ss.; “passerculum”. “coturnicem”, “agnellum”, “haedillum”, “vitellum”, que superan a los que aparecen con valor afectivo en *Casina*; 134: “mi animule”, “mea melilla”, “meus ocellus”, “mea uxorcula”, en donde bien podría hablarse de la identidad de los casos nominativo y vocativo. Y en donde estos diminutivos alternan con sustantivos acompañados de adjetivos posesivos que es lo que les proporcionan la afectividad: “mea vita”, “mea festivitas”, “voluptas mea”, “mea columba”.

La expresividad de los diminutivos alcanza su culmen en los adverbios: “pauillisper”, “pauillatim”, “plusculum”, “maiusculum” y los preciosos: “nitidiuscule” y “tardiuscula”.

Como era de esperar una lengua hablada requiere llamadas de atención por parte del emisor. Se trata de la función apelativa cuyas marcas son, principalmente, las interrogaciones retóricas del tipo de: “quid vis?”, “viden?”- “scin?”.

Las frases pueden estar interrumpidas, cortadas de repente por paréntesis, es decir por bajadas de voz acompañadas de una interjección. Es el caso de *Poen.*, 322 s., “nam vjgilante Venere si veniant esse, ita sunt turpes, credo ecaster Venerem ipsam e fano fugent”.

Lo cierto es que los giros de la lengua coloquial son producto de la ilogicidad del lenguaje, propios de la conversación en donde hay dislocaciones sintácticas y ambigüedades de todo tipo. El hablante puede pasar de una construcción sintáctica a otra. Es lo que se denomina contaminación, dando lugar, por ejemplo, a lo que se clasifica como nominativo “pendens”, enfático, titutivo, etc. En su afán por decir lo que quiere, por “soltar” la frase que cree necesaria anticipa lo que juzga importante comenzando por un nominativo que luego olvida para continuar con el caso gramatical requerido.

Incluso también se puede hablar en la lengua plautina de oración “pendens”, dando lugar a una neutralidad sintáctica que es otro punto en el que basarse para hablar de incongruencias y anacolutos.

No cabe ninguna duda que la lengua de las comedias de Plauto es una lengua viva, recogida de la calle, con invención de vocablos que se incorporarían en adelante al lenguaje popular, al que contribuirían las palabras griegas procedentes de distintos ámbitos, como los de la religión, el derecho, la medicina, la milicia, la navegación, la educación, la enseñanza, etc. Palabras que pasarían a las lenguas romances recordando su origen griego pero que no han pasado a través del latín culto. Es curioso observar cómo el mundo del placer y el libertinaje está presente en las “*palliatae*”. Así verbos como “*graecor*”, “*pergraecor*”, “*congraeco*”, ponen de manifiesto lo que para los romanos significaban las costumbres disolutas de los griegos. La traducción para “*pergraecor*” podría ser “vivir a la griega”, sinónimo de vivir estupendamente.

Es curioso que las palabras griegas son puestas en boca de esclavos y personajes de una baja esfera social pertenecientes a los estratos más bajos de la población .pero no olvidemos que los pedagogos son griegos, educadores de los niños romanos y suministradores de cultura griega.

Tal vez en donde se encuentra la menor diferencia entre latín vulgar y latín clásico sea en la estructura sintáctica, de lo que es prueba el que algunas de las construcciones gramaticales utilizadas en Plauto desaparecieron casi por completo, o más bien, no se usaron nunca en el latín literario de época posterior. Así por ejemplo el indicativo en las llamadas interrogativas indirectas o el infinitivo con valor final. En cuanto a la morfología las diferencias no se aprecian mucho. Quizás lo más destacable sea que el latín plautino no hace la distinción en los ablativos de los participios de presente cuando se trata de expresar el valor de participio o el de adjetivo: con “*e*” participio, con “*i*” adjetivo, que distinguía y seguirá distinguiendo la sintaxis clásica.

Con respecto a los verbos, los imperativos “*face*” y “*dice*” que tampoco se conservan para la lengua literaria clásica. El empleo de las parejas de futuros y optativos de aoristo del tipo *faxo-faxim*; *dixo-dixim* que también desaparecen de la lengua; Los infinitivos en “*.ier*” como “*amarier*” que no son en absoluto productivos. Verbos que en latín clásico son deponentes pasan a no serlo en el latín vulgar de la misma época `por ejemplo el archiutilizado “*arbitro*”.

En cuanto a la pronunciación, las vocales largas se mantenían de esta forma en sílaba final; la *-s* final se pronunciaba débilmente y no tenía valor prosódico; la *-d* final se dejaba oír todavía en los pronombres personales-med, -ted, -sed- Otro de los fenómenos fonéticos es la no pronunciación de la *-v* intervocálica, como en “*obliscor*” de “*obliviscor*”

Es curioso observar que todos estas diferencias con relación al latín clásico del mismo período de lengua se registran sobre todo al final del verso, por lo tanto y como ya apuntó ²L. R. Palmer, es posible que estas restricciones nos lleven a pensar que la lengua de las comedias de Plauto no es tan parecida a la hablada por el pueblo, sino que es, en cierta medida, estilizada y artificial.

La conclusión a la que podríamos llegar sea la de que Plauto mezcló elementos de la lengua coloquial hablada por el pueblo con otros elaborados por él llegando a crear un lenguaje rebuscado y artificial, lo que no impide en absoluto calificar su latín de “vulgar” con

2 Introducción al Latín, trad. J. J. Moralejo y J. L. Moralejo. Planeta, Barcelona, 1974, p. 92.

los rasgos específicos que se han ido poniendo de manifiesto. En sus comedias se mezcla lo coloquial y lo estilizado. Y como ha observado Haffter la lengua de Plauto, aún la de los senarios, está muy lejos del habla cotidiana de la época de Anibal,

En las “*palliatae*” existe un estilo rimbombante logrado por la suma de varios recursos, de los que el principal es la acumulación de sinónimos. Uno de los ejemplos más expresivos tal vez sea el de Curculio, 148: “vos amo, vos volo, vos peto atque obscuro” o el de Bachides, 1066: “*stulti, stolidi, fatui fungi bardi blenni, buccones*”.

Un recurso estilístico como la figura etimológica se da con mayor frecuencia en los metros largos que en los senarios yámbicos. Este recurso ayuda a conseguir un efecto cómico y está puesto en boca de personajes ya de por sí cómicos: el parásito, el esclavo, o figuras parecidas.

La comicidad es el rasgo más típico del teatro de Plauto y ella se consigue con todos los elementos lingüísticos comentados.

Otra clase de latín vulgar es la que se encuentra en la correspondencia de Cicerón, correspondencia dirigida a sus familiares, a sus amigos y especialmente a su queridísimo amigo Ático. Estas cartas están escritas en “*sermo urbanus*”, si bien Cicerón confiesa a su amigo Peto que se propone escribir en “*sermo plebeius*” y tal vez sea la unión de los dos lo que da a la correspondencia de Cicerón esa gran originalidad. La complicidad entre emisor y receptor (me voy a centrar en las cartas a Ático) las hace difíciles de entender. La concisión y la elipsis son los rasgos preponderantes. Se han comparado a una conversación telefónica. En la actualidad podríamos compararlas con los correos electrónicos.

¿Qué esperamos encontrar del latín de Plauto...? Diría que sin duda los elementos coloquiales. En aquél el género de su obra obliga al diálogo, pero ¿qué son las cartas sino un diálogo aplazado, un diálogo en que la gesticulación está ausente? El emisor no puede servirse de los gestos como sí puede hacerlo en la escena, pero los suplantán las interjecciones, las exclamaciones, las medias frases que el receptor puede completar porque conoce el asunto del que se trata.

Es por eso por lo que uno de los elementos de los que el emisor se vale para que cuando el receptor reciba la carta perciba los hechos que se cuentan como cercanos son las formas verbales, en especial el llamado desde Cicerón “*imperfecto epistolar*”, sobre todo con verbos de lengua de los que el principal es “*scribo*”. Es fácil entender que cuando llega la carta a su destinatario ya es pasado también para el que escribe, se trata de una especie de cortesía, de complicidad deliberada que invita al destinatario a la comprensión del texto.

Más adelante cuando se vean los rasgos sintácticos de esta correspondencia se tratará de la posible confusión de este llamado imperfecto “*epistolar*”, creado por el escritor, y el imperfecto propio del estilo indirecto libre.³

Se trata, pues, de un latín vulgar culto, aunque el mismo Cicerón confiesa en una de sus cartas, (*Ad fam*, 0,21.1) que se propone usar el “*sermo plebeius*” con estas frases: “*Verumtamen quid tibi ego videor in epistulis? nonne plebeio sermone agere tecum?*” Mezcla de “*sermo urbanus*” y de “*sermo plebeius*” se encuentran en sus epístolas.

3 A. Sánchez-Lafuente & M. T. Beltrán, *Las Cartas de Cicerón a Ático: un Estilo Innovador*. Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de EE. CC. Madrid, 2005, pp. 943-952.

Es en el vocabulario, como sucedía en Plauto donde más se detectan las formas coloquiales. Como en este autor también hay numerosos diminutivos con valor afectivo, aunque también los hay con valor despreciativo. así algunos muy expresivos; “diecula”, “vulticulus”, “aedificatiuncula” “ambulatiuncula”.

También es habitual la creación de palabras, tales como “vendimiolas” para referirse a unos pequeños ahorros, cuando en realidad el significado es “las ganancias obtenidas por la venta de la cosecha de la uva”. Otra creación suya es “atriolum” para referirse al pequeño atrio de la casa.

Se puede observar en las cartas, sobre todo en las dirigidas a Ático, un gran predominio de la parataxis, digresiones a mitad de frase, paréntesis con bajadas de voz; repeticiones, abundancia de pronombres, de adverbios se modo, intercalación de palabras indicando “por favor”, como el caso de “amabo”.

Pero lo más característico de las cartas es, por supuesto, la mezcla de estilo. Cicerón utiliza en la narración de los hechos el estilo directo poniendo la narración en boca de la persona que pronuncia la frase; pero también se sirve del estilo indirecto cuando traspasa las palabras de una tercera persona que no está presente. Y el estilo indirecto libre, más difícil de detectar pero que contribuye al estupendo juego de los cambios de estilo, a veces en un mismo párrafo de la misiva.

Noticias atropelladas puestas en boca de un apresurado emisario del que se dice que corre hacia César: “Vixdum epistulam tuam legeram cum ad me, currens ad illum Postumus Curtius venit nihil nisi classes loquens et exercitus ...erapiebat Hispanias, tenebat Asiam, Siciliam, Africam, Sardiniam, confestim in Graeciam persequebatur, Eum dum igitur est”. (At., 9,2,3). El apresuramiento está magníficamente expresado, cosa que no podrá trasladarse del todo en la traducción: Apenas había leído tu carta cuando llegó hasta mí, corriendo hacia César, Póstumo Curtio que no hablaba de otra cosa más que de flotas y de ejércitos... Ya arrasaba las Hispanias se apoderaba de Asia, de Sicilia, de Africa, de Cerdeña, rápidamente marchaba a Grecia-Había, pues, que ir.

En el libro X, carta 4, párrafos 8 y 9 el estilo indirecto libre está mezclado con el indirecto libre puro. Se da en ellos la impresión de sostener una conversación muy fluida. Cicerón se refiere a Pompeyo con estas palabras: “nosti hominem, nihil occultabat, in primis nihil esse certius quam ut omnes qui lege Pompeia condemnati essent restituerentur, itaque se in Sicilia eorum opera usurum... de Hispaniis non dubitabat quin Caesaris essent... plane fatebatur nullam spem reliquam, Pompei classem timebat”: conoces al hombre, nada ocultaba: entre los primeros asuntos nada había más cierto que todos los que habían sido condenados por la ley pompeyana serían restituidos, y así que él en Sicilia iba a usar de la ayuda de aquellos... acerca de las Hispanias no dudaba que serían de César... confesaba abiertamente que no quedaba ninguna esperanza, temía la flota de Pompeyo...

Pero... ¿Podemos afirmar que esta mezcla de estilos sea sólo propia de las cartas y, por tanto, rasgo destacado de ese “sermo urbanus-plebeius”?... Es evidente que aunque puedan darse en otras obras pertenecientes a otros géneros que Cicerón cultivó, en ninguno de ellos se alcanza el equilibrio de pasar de un estilo a otro sin forzar la fluidez del relato.

En este relato se dan todos los modos y tiempos verbales pero cuando entra en la narración el estilo indirecto libre, cuando Cicerón transmite las palabras o los pensamientos de una tercera persona lo hace con el tiempo estelar del imperfecto de indicativo, tiempo que podría confundirse con el “imperfecto epistolar” que será imitado por otros escritores posteriores pero que es una aportación suya. Se trata de un tiempo lógico, puesto que cuando llega la carta a Ático ya es tiempo pasado para Cicerón.

Latín vulgar el de Cicerón que refleja el “sermo cottidianua” de los romanos de su tiempo y que no es, por supuesto, el latín de Plauto en que los vasos comunicantes entre el escritor y su público estaban patentes, aquí es un solo oyente el receptor. La complicidad se establece, en este caso, con su amigo Ático (me refiero a los dieciséis libros de cartas dirigidos a éste) de la que una de las claves serán palabras griegas o, incluso, frases enteras en griego .Ni tampoco será, sin duda, el latín vulgar de Petronio.

Al hablar de Petronio se quiere decir *Satyricon* si bien sea discutible su autoría hasta el día de hoy de lo que no se duda sin embargo es que esta obra es el mayor exponente del latín vulgar. Lo cierto es que esta novela nos ha llegado bajo el nombre de Petronius sea éste o no el personaje de la corte de Nerón “el arbiter elegantiorum” a quien el emperador mandó matar.

Como se sabe la obra ha llegado muy fragmentada y con numerosas lagunas. La parte mejor conservada es la “Cena Trimalchionis”, el banquete que ofrece un pintoresco nuevo rico, antiguo liberto a una variopinta galería de personajes. El mayor mérito de la obra radica en que cada uno de los personajes habla según su posición social, es decir, el latín de los personajes aristocráticos contrasta con el de los esclavos.

De entre las diversas obras analizadas aquí puede decirse que hay un mayor contraste en ésta con la lengua literaria .Si esta novela es de la segunda mitad del siglo primero, como así parece si su autor es Petronio (Se habla también de que las costumbres y la lengua son más las de la época de Apuleyo, si bien faltan datos determinantes) estaríamos ante las mayores diferencias entre la lengua hablada que recoge la obra y la lengua escrita de esa misma época.

El latín del *Satyricon* anticipa de una manera muy clara lo que serán las construcciones sintácticas de las lenguas romances. En morfología se observa confusión de verbos activos y de verbos deponentes, faltas de declinación y, sobre todo, como no podía ser de otra manera, es en el vocabulario donde la obra se muestra más original: palabras híbridas, mezcla del griego y el latín.

Se ha señalado por parte de algunos críticos que el lenguaje de Eumolpo difiere del resto de los personajes. La ciudad en la que se desarrolla la obra parece pertenecer a la Italia central o meridional. Los personajes pudieran ser griegos viviendo en esa parte de Italia y pronunciando mal el latín, ¿pretende el autor poner de relieve esta deficiente pronunciación?... Lo cierto es que esta clase de lengua se da con los mismos vulgarismos en glosas del siglo I.

En esta obra, como sucedía también en las comedias de Plauto y en las cartas de Cicerón, la creación de vocablos es constante, por ejemplo los muy llamativos creados sobre el griego: “babaecalus”: “el que dice siempre la verdad “, mezcla de los vocablos griegos “babaí” y “kalós”:”estupendo”.

La lengua y el estilo están completamente unidos. Como ha puesto de manifiesto ⁴Díaz y Díaz “el desamor de Petronio por la retórica al uso, de que hace gala en numerosos excursos de carácter literario se deja traslucir también en su léxico y expresión en que no abundan las acumulaciones, y en que las figuras o tropos apenas desempeñan un papel descriptivo predominante”.

Es sorprendente el hecho de que dentro de los manuscritos que se han conservado del texto sea el manuscrito H el que contiene más vulgarismos, con una serie de grafías que no aparecen en otros manuscritos, como el manuscrito L y el manuscrito O. En opinión del profesor Díaz y Díaz la mayor parte de estas grafías singulares, tales como “dignitossus”, cap. 57, 10; “lasani”, cap. 47; “tonstrinum”, cap. 46; “maleicorium”, cap. 47; “ridiclei”, cap. 57, habría que atribuir las no a Petronio, sino a un arquetipo irlandés, descubierto en Colonia, del cual procede el manuscrito H. Si esto es así tendríamos que admitir que una buena parte de los vulgarismos de Petronio no son más que grafías típicas de la escritura de los siglos VII y VIII y no anticipaciones de fenómenos pertenecientes a siglos posteriores.

Los recursos en lo que se refiere a estilo son tan variados como expresivos. Petronio se vale de repeticiones, refranes, proverbios, clichés estereotipados para crear una lengua única. Veamos algunos de estos procedimientos: En el capítulo 43 aparece la expresión “vivorum meminerimus”: traducido literalmente: “acordémonos de los vivos” pero más acorde con nuestra lengua sería: “vayamos a lo que importa”. Y en este mismo capítulo podemos ver la grosera expresión: “noveram hominem olim coleorum”, suavizada en la traducción de Díaz: “Yo conocía al tipo que tiempo atrás era de muchos perendengues”. En el capítulo 44 encontramos la expresión; comerse los harapos, que es el colmo de la pobreza. En latín: “iam pannos meos comedi” y el curiosísimo adverbio “arceatim”: “llover a cántaros”.

En el capítulo 46 hay una muestra de “quia” con el significado de “que” encontrado a través de toda la obra: “Ego illi iam tres cardeles occidi, et dixi quia mustella comedit”: “Yo ya le maté tres jilgueros y le dije que se lo había comido la comadreja”. Aquí, como en otros casos, sorprende el orden de palabras, que anuncia el orden de las lenguas romances.

Una vez hecha esta rápida cala en estos tres autores latinos y en sus distintos géneros literarios: comedia, epístolas y novela respectivamente, es conveniente hacer una parada en lo que conlleva el término latín vulgar. No me voy a detener sobre el desacuerdo acerca del propio término. Sabido es que para algunos comentaristas la expresión “vulgar” no es válida. Otras denominaciones podrían ser “latín popular”, “latín familiar” o “latín cotidiano”, como ha apuntado V. Väänänen y que están más de acuerdo con el punto de vista social o sincrónico. Otros términos podrían ser “romance común” o “protorromance”, que situarían todos los fenómenos no clásicos como anticipación de las lenguas romances.

Lo cierto es que el debate sigue en la actualidad. ⁵E. Löfstedt decía que “en realidad no se llegará jamás a definir el latín vulgar de una manera lógica, incontestable y adecuada” En mi opinión la dificultad viene dada por querer englobar a todo lo que no es latín clásico en ese discutible apartado. La cuestión se resolvería tal vez si se admitiera que no hay un solo latín vulgar y que éste no es el “cajón de sastre” a donde ha ido a parar todo lo que no se estima “clásico”.

4 Satiricón. Edit Alma Mater. Barcelona, 1968. Vol. I, p. XXXIV.

5 Citado por Väänänen en su introducción a la obra citada, p. 26.

El latín vulgar debe contemplarse sincrónica y diacrónicamente, convive con el clásico puesto que ha existido este tipo de latín en todas las etapas de la lengua, cada una con sus principales características. El negar, como hace Väänänen, no incluyéndolo en su obra, que la lengua de Plauto pertenezca al latín vulgar, no me parece aceptable porque si este autor queda excluido se tendría que llegar a la conclusión de que los personajes de sus “*palliatae*” no hablan el lenguaje del pueblo o que el latín coloquial se separa, no es el mismo o no está dentro del latín vulgar.